

Por el camino de la misión

Extracto de la Carta pastoral *Los ojos fijos en el Señor. Para una diócesis con alma y rostro*

Amadeo Rodríguez Magro
Obispo de Plasencia

Índice de la Carta pastoral

- I. En nuestra historia reciente
- II. El campo de la siembra
- III. Por el camino de la misión
- IV. Ámbitos que necesitan un nuevo impulso
- V. La parroquia en la diócesis
- VI. La vida ordinaria, “alfabeto” de la evangelización
- VII. Un plan pastoral

III. Por el camino de la misión

Nuestros “acentos” espirituales y pastorales

Al hilo de nuestra situación

Comienzo este capítulo advirtiendo que cuando se proponen algunos acentos no se excluyen en modo alguno todos los demás; especialmente los que ya hemos propuesto en nuestro programa pastoral. Al contrario, los acentos vienen a reforzar y a darle hondura y cohesión a todo lo señalado en ese proyecto postsinodal, que ha canalizado nuestra vida pastoral diocesana. Tengo que señalar, no obstante, que lo que propongo no quiere sustituir ni completar el programa pastoral diocesano. Solo quiero proponer algunos acentos que considero que han de ser promovidos con mayor vigor.

«Los ojos fijos en Jesús, autor y perfeccionador de la fe» (Heb 12, 2)

«Es necesario emprender la actividad apostólica como una verdadera misión... promoviendo una evangelización metódica y capilar con vistas a una adhesión personal y comunitaria a Cristo»¹. Nuestra pastoral ha de estar, por tanto, muy centrada en la experiencia y en el anuncio de Jesucristo. La predicación, la catequesis, la enseñanza de la religión, las relaciones en la comunidad, la atención a los enfermos, la oración, la solidaridad con los más pobres... todo ha de transparentar el rostro del Señor.

Hemos, pues, de tener «los ojos fijos en Jesús, autor y perfeccionador de la fe» (Heb 12, 2), porque Él es quien da cohesión y unidad a nuestra misión. Hemos de ir, pues, afianzando cada día nuestro vivir en Cristo, plasmando su rostro, su Evangelio en nuestra vida, para que todo en nosotros aspire y respire a Jesucristo. Hemos de dejarnos evangelizar por Él, para que nuestra vida sea evangelizadora. Solo evangeliza el que ha perfeccionado su vida en el Evangelio de Jesús, el que la ha bañado en su muerte y ha sido renovado como hombre nuevo en su resurrección. En efecto, evangeliza el que pasa su vida por el misterio pascual de Jesucristo. Solo así el kerigma sonará con el atractivo de lo probado por la

1 BENEDICTO XVI, Discurso a los obispos de Brasil en São Paulo, 2007.



experiencia. Hemos de tener en cuenta que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»².

Para la renovación en Cristo

Hoy todos hemos de hacer la experiencia de evangelizar nuestras vidas, nuestras actitudes -las íntimas y las pastorales-, nuestros comportamientos y gestos -los personales y los comunes-. Hasta nuestros fervores y compromisos han de ser evangelizados, para que todo sea verdaderamente en Jesús y no en nuestra propia visión de las cosas o en la visión de las ideologías de cualquier signo que puedan estar contaminándonos. Todos deberíamos tomar conciencia de que «la verdad salvífica no es solamente objeto de pensamiento, sino también acontecimiento que afecta a toda la persona -inteligencia, voluntad, sentimientos, actitudes, proyectos- cuando esta se adhiere a Cristo»³. Esto mismo les acaba de decir Benedicto XVI a los jóvenes en su convocatoria para la JMJ de Madrid: «La fe cristiana no es solo creer en la verdad, sino sobre todo una relación personal con Jesucristo».

Entiendo que la vida de nuestra Iglesia diocesana ha de pasar por una auténtica renovación en Cristo, para que así todo lo que somos y hacemos lleve su impronta, la impronta de su corazón, la imagen de su rostro, para que así todo sea en Él experiencia de amor de Dios. A veces nos desalentamos porque le falta garra a lo que hacemos, porque nuestras palabras y nuestras acciones no tienen la fuerza suficiente para convocar a la fe y a la vida cristiana. Y, ante eso, solemos echarle la culpa a los que escuchan y no acogen. Pero hemos de preguntarnos: ¿no será que a lo que hacemos le falta lo esencial? ¿No será que todo suele estar muy bien tramado, que todo apunta bien e incluso que todo lo ejecutamos bien, pero le falta su raíz, que es Jesucristo mismo? ¿No será que hablamos de Cristo, pero no *en* Cristo, *con* Cristo?

Insisto: solo evangelizados podemos evangelizar. Y no es esto un eslogan recurrente, sino la regla de oro de la evangelización. Solo evangelizan los testigos; el evangelizador es testigo de lo que ve y comparte, es testigo de Jesucristo en quien vive. La fuerza del mensaje que el Espíritu

2 BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* 1.

3 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización*, 4.

Santo dio a los apóstoles y nos da ahora a nosotros en su Iglesia solo es posible en los testigos. El Espíritu no es el sostén de los actores, es el animador de los que se dejan santificar por él, de los que conocen, aman e imitan a Jesucristo.

Con aire de primer anuncio

Si Cristo es el contenido esencial de todo lo que somos, vivimos y hacemos, también Jesucristo ha de ser el contenido de todo lo que mostramos y proponemos. De ahí que toda la actividad de nuestras comunidades parroquiales ha de tener aire de primer anuncio. Por el kerygma, en efecto, se hace siempre la propuesta de la fe, es el primer lugar de encuentro con Cristo. Por eso, en nuestra perspectiva pastoral el primer anuncio ha de estar siempre muy presente, ya que, insisto, es el primer paso para la fe. El primer anuncio, en efecto, ha de ser una dimensión y una perspectiva fundamental y transversal de la pastoral. Solo si tenemos en cuenta el kerygma en la vida pastoral, esta tendrá carácter misionero. De ahí que por todas las acciones pastorales haya de pasar la linfa del primer anuncio.

En todas las mediaciones y acciones de la pastoral se ha de hacer una presentación de la fe sencilla, primaria, y con un lenguaje adecuado al hombre de nuestro tiempo. Para ello es necesario recuperar el carácter directo, lineal, incisivo y lapidario de los orígenes; y con un tono sorprendente y paradójico. Hoy no se puede hablar de Jesús de un modo obvio, dando por supuesta la fe. Es criterio común que el kerigma ha de recuperar en nuestra pastoral toda su fuerza y actualidad, para que sea también entre nosotros, como lo fue en los orígenes, la reja del arado que rompe el terreno y permite formar el surco de la fe. Eso significa que cualquiera de los momentos y tareas de la acción pastoral ha de tener impronta kerygmática. Por eso hoy, al hacer cualquier proyecto pastoral, es necesario preguntarse si está bien situado en la misión.

Para una pastoral sostenible

Solo con la presencia fecundante del primer anuncio la misión de nuestras Iglesias estará asentada en el presente y apuntalará el futuro de la fe y de una vida cristiana renovada, es decir, será sostenible. Como dice un autor contemporáneo: «el primer anuncio es el punto más alto y extraordinariamente elevado desde el que se ve y se comprende todo. De ahí que la evangelización no sea solo la etapa de un proceso, sino como la

luz constante de todo el dinamismo pastoral»⁴. En efecto, la acción pastoral no estaría adecuadamente situada en el presente y le faltaría aliento de futuro, si no contara con la fuerza dinamizadora del primer anuncio, que es llamado «primero» porque lleva a la fe y conduce hasta el umbral de donde es posible la conversión.

Las comunidades cristianas han de ofrecer oportunidades para que cada uno se encuentre con la sorpresa del regalo de la fe y del Reino. Siempre han de ser concientes de que en sus acciones pastorales, los destinatarios, estén en la situación que estén, lo busque o no lo busque, pueden encontrar el tesoro y la perla (cf. Mt 13, 44-46). Por eso, todas las comunidades cristianas han de cultivar en sus miembros, para poder ofrecer el primer anuncio como sorpresa, la capacidad de sorprenderse: cada comunidad ha de valorar con agradecimiento el don que posee; solo así podrá sorprender a otros, pues una persona que comienza a creer es siempre un sorprendido, alguien que ha sentido estupor ante el Evangelio que otro le ha ofrecido, especialmente si se lo ofrece no solo con la palabra, sino también con su vida sorprendente y sorprendida.

La fe, en efecto, nace de las relaciones, de una persona que le «cuenta y le muestra» a otra su propia fe en una conversación normal de la vida. Por eso, es importante tomar conciencia de la necesidad de estas relaciones hechas por testigos de vida de fe, que se pongan ante los demás con crédito y prestigio cristiano. Y esta es tarea de nuestras comunidades parroquiales.

Para la «Nueva Evangelización»

Para la «Nueva Evangelización», a la que hoy estamos llamados, se necesitan testigos del Señor que salgan al paso de los que le buscan, que despierten a los que tienen su fe adormecida, que saquen de su comodidad a los indiferentes, que inquieten a los agnósticos, que pongan en cuestión la seguridad de los ateos y, sobre todo, que abran una brecha en la costra que la secularización, el materialismo y el hedonismo están poniendo en el alma del hombre actual. A este mundo de racionalidad orgullosa o de cómodo materialismo es necesario que le pongamos en el corazón, con un nuevo estilo de vida, el frescor, la novedad y la verdad de la fe, de la adhesión incondicional a la soberanía de Dios y del seguimiento de Jesucristo. A este mundo de primacía de lo útil y lo rentable,

4 CESARE BISSOLI, *El primer anuncio en las comunidades cristianas de los orígenes*, en Catechesi, Enero-Febrero 2008-2009.

de lo que se ve y se disfruta, hay que saber ofrecerle la primacía de la fe, que no anula las capacidades del hombre, en su inteligencia y voluntad, sino que, por el contrario, las orienta a su verdadero sentido y fin.

A eso alentaba el papa Benedicto XVI en su discurso a los obispos de Brasil:

Nos aflige un gran problema, el de los católicos que abandonan cada día más, sobre todo en las generaciones jóvenes, la vida eclesial. Esos han de constituir para nosotros un motivo de preocupación, pues hemos de ser conscientes de que se van porque son incapaces de resistir al agnosticismo, relativismo y laicismo. Se trata de bautizados no suficientemente evangelizados y por eso fácilmente influenciados en su fe frágil, confusa, vacilante e ingenua. Les falta, en definitiva, una evangelización en la que Cristo y su Iglesia estén en el centro de toda explicación»⁵.

Evangelizar es, pues, la urgencia y la necesidad de la Iglesia, es su vocación más profunda (cf. EN 20). También es la nuestra, la de nuestra diócesis en cada una de sus parroquias. Y esto hemos de hacerlo en nuestra pastoral ordinaria. Como más tarde veremos, la evangelización pasa por la vida ordinaria de la Iglesia y por la de nuestra propia existencia. La evangelización, en efecto, no es solo tarea de pioneros, aunque también estos son necesarios en cualquiera de los sectores del Pueblo de Dios: sacerdotes, religiosos y religiosas y laicos. De hecho, la misión *ad gentes* la realizan nuestros misioneros y misioneras. Pero insisto en que evangelizar es preocupación y tarea de todos. Para la nueva evangelización es necesaria una cierta capacidad para inventarse métodos y expresiones nuevas, que sean específicamente misioneras, pero es más necesario aún -eso es la base para todo lo demás- que la vida de las comunidades sea vida en Cristo y todo en ellas transparente a su Señor. La nueva evangelización ha de hacerse con fidelidad y sabia creatividad a la vez.

La acogida de los que acuden a la parroquia, las celebraciones cristianas, la preparación de los sacramentos, la atención a los mayores y enfermos, las manifestaciones de piedad popular, la caridad en todas sus manifestaciones, las relaciones entre todos los miembros de la comunidad parroquial, todo ha de ser expresión de la fe compartida en Cristo Jesús, que nos impulsa a ofrecerla a cuantos vengan a nosotros. Los pocos o los muchos que formen el núcleo de la vida comunitaria de la parroquia han de ser verdaderos creyentes, preocupados por ser testigos del Señor que atrae, busca, propone, respeta. En todas sus actitudes y gestos han de mostrar que su vida está ordenada por Cristo y se mueve por Cristo.

5 BENEDICTO XVI, A los obispos de Brasil en São Paulo, 2007.

No podemos olvidar que la primera y principal tarea de la Iglesia es dar testimonio del gozo y la esperanza que crea en nosotros la fe en Jesucristo, el Señor, viviendo en compañía de los hombres, con plena solidaridad con ellos, sobre todo con los más pobres.

Si esto es así, será inevitable la preocupación porque Jesucristo sea conocido y amado; surgirán espontáneos el dolor y la inquietud por los que, conociéndolo, no le aman ni le siguen. Toda comunidad que vive del amor a Jesucristo y siente con Él su mismo amor, necesariamente será misionera en todas sus acciones. La gran diferencia entre una comunidad con vida en el Señor y otra que no la tuviera en tanta estima, está en su creatividad. Hay parroquias en las que nunca pasa nada, todo transcurre en la misma y pobre monotonía, en la que todo es formal. ¿No será que su vida no está centrada en Jesucristo, aunque esté muy anclada en la realidad? Al contrario, las comunidades vivas que se abren a nuevas experiencias (o a viejas renovadas) en las que llegar a más, aunque sea a pocos, lo hacen porque sienten esa urgencia al calor de la caridad de Cristo y son conscientes de que son sus emisarios.

Del anuncio a la iniciación

Junto al primer anuncio, es necesario también que las parroquias tengan una oferta permanente de itinerarios catequéticos. Estos son el complemento imprescindible a la acción del kerygma. Tenemos que recordar siempre aquello a lo que nos invita el *Directorio General para la Catequesis*, «a evangelizar educando y a educar evangelizando». En efecto, ha de ofrecer siempre procesos más o menos continuos y prolongados. Por eso, «iniciación» es otra de las palabras claves de la pastoral actual, junto a «evangelización». Siendo cierto que la vocación de la Iglesia es evangelizar, no es menos cierto que, en su papel de madre, acompañar el crecimiento de la fe de los hijos a los que ha engendrado es otra de sus tareas esenciales. Lo que ocurre es que ahora se ha de hacer de un modo más personalizado, cuidadoso y explícito, lo que antes era más social. Ya no es posible, en efecto, el llamado «catecumenado social».

Hasta no hace mucho la Iglesia iniciaba, sobre todo, por el ambiente cristiano que ella misma había creado. Ahora, sin embargo, la sociedad ya no actúa, juzga y siente en cristiano y, por tanto, el ambiente social ya no ofrece espontáneamente los valores del Evangelio. Ahora esos valores hay que plantarlos en el corazón de cada iniciado, para que, desde ellos, lleguen a sus ambientes. Por eso, ahora la iniciación cristiana ha de ser más personal y ha de tener en cuenta la vida y las circunstancias ambien-

tales de cada uno de aquellos a los que acompaña en su camino de fe, que, a veces, no tiene entorno cristiano y, en ocasiones, hasta ese entorno hasta le es hostil. Estamos, pues, llamados a implantar un nuevo estilo de iniciar en la fe, más de carácter catecumenal. Por eso reitero la necesidad de tener a mano y aplicar el *Directorio de Iniciación Cristiana* de nuestra diócesis. En él hemos de poner todo el esfuerzo, porque, de hacerlo bien, estamos asumiendo las claves necesarias no solo para la pastoral de niños y adolescentes, sino también para toda la acción pastoral.

Un nuevo estilo pastoral de iniciación

Tened en cuenta que una pedagogía de iniciación es la que procura hacer posible que una persona acoja e integre sólidamente todo lo que le permite andar por la vida como cristiano. En la iniciación cristiana, desde los orígenes mismos de la Iglesia, al ser un proceso, se valora mucho el camino: un camino para entender, celebrar y vivir el Evangelio del Reino; es decir, un camino en el que se cultiva a la vez el corazón, la inteligencia, la voluntad y la memoria; un camino para conocer a Jesucristo, inspirar en Él las actitudes y los hechos de vida, entrar en su intimidad y experimentar su gracia salvadora en los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía.

La iniciación ha de ser, por tanto, más artesanal, personal y menos masificada; incluso ha de ser diversificada según las circunstancias y los procesos personales. Ahora hemos de tener como criterio de actuación la repetida frase de Tertuliano: «El cristiano no nace, se hace». Por eso, la clave de la pastoral de la Iglesia está en hacer cristianos con una fe sólida y adecuadamente formada. Hoy, en efecto, son muchos los que insisten en que la pastoral no puede perder de vista, en ninguna de sus acciones, esta clave de iniciación en la que todo tenga un objetivo común: consolidar la vida cristiana de aquellos que participan en cualquier acción de la Iglesia, sea de catequesis, de liturgia, de religiosidad popular, de oración, etc. Y yo os pido que, en la medida que podáis, lo tengáis en cuenta en los procesos de iniciación cristiana de vuestras parroquias.

Discípulos, misioneros y servidores

Sugerido el estilo de nuestra acción pastoral, especialmente aquel en el que la Iglesia se identifica, la evangelización; y habiéndonos acercado al camino catequético que hemos de recorrer para que se consolide la fe que nace por el testimonio de los creyentes y como don de Dios en el

corazón de niños, jóvenes o adultos, ahora es conveniente también que, aunque sea someramente y a grandes rasgos, diseñemos juntos qué cristiano queremos «hacer» hoy en nuestra acción pastoral.

El Siervo de Dios Juan Pablo II nos decía que en el itinerario de la fe, desde el primer momento, desde el mismo Bautismo, decir cristiano y santo es decir lo mismo. Por eso el cristiano que «se hace» en nuestro entramado pastoral es el que responde con fidelidad a la llamada a la santidad. De ahí que también el programa de la acción pastoral sea el de acompañar el camino de la santidad. Pero, siendo esa la meta, también se necesitan otros rasgos que le vayan dando forma a la vida cristiana a lo largo de todo el recorrido, tanto catequético como al de la vida misma. A mi juicio, esos rasgos con los que se diseña la santidad son los de un cristiano que sea discípulo, misionero y servidor.

En efecto, el cristiano que va abriéndose a la vida de fe en nuestros procesos educativos ha de aprender ante todo a ser discípulo en la escuela de Cristo. Es de Cristo y en Cristo como cada cristiano descubre su verdadera vocación; solo por el encuentro con Él, con su persona, se empieza a ser discípulo. Como recordamos en el lema de la JMJ, «arraigados en Cristo, firmes en la fe». Ser en Cristo es siempre el primer paso; por eso nuestra acción pastoral ha de ponerse en sintonía con la escuela de Cristo y ha de ofrecerle a los adultos, niños y jóvenes posibilidades de encuentro con el Señor. Benedicto XVI acaba de decirle esto a los jóvenes:

Es posible tener un contacto sensible con Jesús: en los sacramentos él se acerca de modo particular, se nos entrega. Queridos jóvenes, aprended a “ver”, a “encontrar” a Jesús en la Eucaristía, donde está presente y cercano hasta entregarse como alimento para nuestro camino; en el sacramento de la Penitencia, donde el Señor manifiesta su misericordia ofreciéndonos siempre su perdón. Entablad y cultivad un diálogo personal con Jesucristo, en la fe (Mensaje para la JMJ).

Jesús no llama solo para estar con Él, llama también para la misión. Por eso, si algo caracteriza a aquel que se encuentra con el Señor por la acción misionera de la Iglesia es que se convierte en testigo de Aquel a quien conoce y ama, de Aquel con quien ahora tiene una relación personal, una relación de íntima amistad. En efecto, ningún discípulo del Maestro está dispensado del ardor misionero; al contrario, es siempre alguien que ha escuchado el envío del Señor y lo lleva en su corazón. Despertar a la evangelización es una exigencia fundamental de la vida cristiana. El sentido evangelizador brota de la fe.

El discípulo de Cristo mantiene con el maestro una comunión de intereses. El discípulo-misionero vive con intensidad el amor a las personas

y, como el Maestro, entrega su vida a los demás y de un modo especial a los preferidos del Señor: «los pobres son evangelizados»; «porque tuve hambre y me diste de comer, etc». La ortodoxia de la caridad pertenece a la esencia de la vida cristiana y por tanto pertenece al diseño de cristiano que tiene como vocación la santidad. El servicio de la caridad en el cristiano ha de tener siempre la forma de Cristo y la impronta de su «genio». Por eso le dice el papa Benedicto a los que invita a venir a la MJM: «Reconoced y servid a Jesús también en los pobres y enfermos, en los hermanos que están en dificultad y necesitan ayuda». Ser servidor es un ingrediente imprescindible de la condición de cristiano. El cristiano ha de ser un testimonio vivo de la fe que se expresa en la caridad, siendo en medio del mundo artífices de paz, promotores de justicia, animadores de un mundo más humano; comprometidos en los diversos ámbitos de la vida social con palabras y obras.

Con identidad y compromiso

En síntesis, el cristiano, que ha de salir de los procesos educativos de una nueva evangelización, ha de tener identidad y compromiso, especialmente ante el mundo, en el que ha de ser testigo de la sana laicidad de la Iglesia. Son los laicos, en efecto, los que llevan la Iglesia al corazón del mundo, ellos son Iglesia en el mundo. Y lo hacen tanto en el apostolado individual como en el asociado. El cristiano, en efecto, es el que lleva a Cristo al mundo. A eso se refiere un escrito del siglo II, la *Carta a Diogneto*, cuando afirma que los cristianos son hombres como los demás, plenamente partícipes de la vida en la ciudad y en la sociedad, y de los éxitos y fracasos experimentados por los demás ciudadanos; pero son también oyentes de la palabra de Dios y llamados a ofrecer en la historia la diferencia de la vida según el Evangelio y a darle un alma al mundo, para que la humanidad toda pueda encaminarse al Reino para el que ha sido creada. Así lo ha recordado Benedicto XVI:

Nuestro obrar no es indiferente ante Dios y, por tanto, tampoco es indiferente para el desarrollo de la historia. Podemos abrirnos nosotros mismos y abrir el mundo para que entre Dios: la verdad, el amor y el bien. Eso es lo que han hecho los santos que, como colaboradores de Dios, han contribuido a la salvación del mundo. Podemos liberar nuestra vida y el mundo de las intoxicaciones y contaminaciones que podrían destruir el presente y el futuro⁶.

6 BENEDICTO XVI, *Spe Salvi*, 35.

El católico tiene la obligación, en efecto, de trabajar por un mundo más humano, más justo, más pacífico, más fraterno. Y eso hemos de hacerlo en nuestros ámbitos habituales de convivencia familiar, laboral y social. Ningún asunto que afecte a la dignidad de la persona o al bienestar de los seres humanos le puede ser ajeno. Por eso, todas las cuestiones que hoy se debaten interesan a los católicos y han de considerarlas suyas, no solo por su condición de ciudadano, también porque siente, piensa y actúa *en cristiano*. Guiado por la luz del Evangelio y por el pensamiento de la Doctrina Social de la Iglesia, el católico ha de actuar directamente y de modo concreto en cuantas situaciones se encuentre. La Iglesia y su doctrina moral es su fuente de inspiración y el mundo es su campo de acción. Los derechos de la persona y en especial el derecho a la vida desde la concepción hasta la muerte natural, la promoción del matrimonio con sus valores esenciales, la familia, los asuntos laborales, las relaciones en la economía, los movimientos migratorios, la gran cuestión ecológica... son todas preocupaciones propias de un cristiano, por las que ha de trabajar con conciencia cristiana. No obstante, nunca ha de perder la ruta del horizonte hacia el que camina, de la plenitud a la que se dirige. El cristiano ha de ser testigo de la esperanza, pues como decía san Agustín:

«Aquel que no piense en el mundo venidero, aquel que es cristiano por cualquier otra razón que no sea la de recibir las últimas promesas de Dios, no es todavía realmente cristiano».